

Crítica del Funcionalismo Británico a la Tesis de Eric Wolf en el Marco del Sistema Mundial.

David Lorente Fernández.

David Lorente Fernández.

Maestro en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana y actualmente alumno del doctorado en Etnología por el Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la UNAM. Sus temas de investigación están relacionados con los sistemas de etnometeorología nahua y sus especialistas rituales, la cosmovisión y los procesos de transmisión informal de los complejos de creencias, temas sobre los que actualmente desarrolla un proyecto comparativo con la región andina del Perú.

Correoelectrónico:

david_lorente_fernandez@hotmail.com

Resumen

El artículo aborda la problemática de los presupuestos teórico-metodológicos subyacentes al modelo del sistema mundial definido por Wallerstein mediante un recurso expositivo indirecto: la crítica de Eric Wolf al funcionalismo británico planteada en la introducción a *Europa y la gente sin historia* es revertida y las nociones en torno al objeto y la unidad de análisis de esta escuela empleadas para debatir al primero. El texto ilustra que ambos enfoques –ni opuestos ni irreconciliables– parten de ideas distintas y persiguen objetivos muy diferentes, lo que proyecta algo de luz sobre el problema que inicia el ensayo.

Palabras clave: *Sistema mundial, Eric Wolf, funcionalismo británico, región, cambio.*

En el contexto del origen, desarrollo y crecimiento del *sistema mundial* descrito por Wallerstein en el que operan la economía capitalista y el mercado este texto indaga sobre sus presupuestos teórico-metodológicos subyacentes, específicamente en torno a la selección de la *unidad* de análisis y a la relación directa que ésta mantiene con la definición del objeto de estudio.

El texto ilustra una parte del problema mediante un recurso expositivo indirecto: plantea primero el modo en que la obra clásica de Eric Wolf, quien desde la antropología ha abordado el tema, se asocia con los postulados de Wallerstein para proponer después lo que podría suponer la crítica a ella desde de la antropología social británica, por la utilidad que dicha confrontación supone para el problema esbozado –el propio Wolf recurre a una crítica del funcionalismo para armar su argumento. En suma pretende demostrar que ambos enfoques implican procedimientos de análisis diversos que, partiendo de premisas heurísticas muy diferentes, se proponen en consecuencia problemas y objetivos disímiles y que no deben concebirse por ello como posturas opuestas o irreconciliables que se invaliden recíprocamente.

Desarrollo: los enfoques de Immanuel Wallerstein y Eric Wolf

En las introducciones a sus trabajos Wallerstein (1999) y Wolf (1987) se enfrentan a un problema principal que puede enunciarse en forma de pregunta: cuando estudiamos el proceso de cambio social en el mundo moderno, ¿cuál es la unidad de análisis adecuada? Ambos le ofrecen respuesta desde perspectivas teóricas muy diferentes: sociológica e histórica el primero, desde el campo concreto de la antropología el segundo.

Wallerstein traza su argumentación en forma de “un itinerario intelectual de la propia búsqueda conceptual” (1999: 8) y descarta primeramente las clases sociales –que suponen un problema conceptual- y los valores –de naturaleza elusiva-, y finalmente el Estado soberano y la sociedad nacional al considerar que ni uno ni otra representan un *sistema social* (es decir el espacio, con todas las instituciones que lo integran, de una amplia gama de grupos sociales en contacto y conflicto unos con otros). “Solamente podía hablarse –dice- de cambios sociales en sistemas sociales. En este esquema el único sistema social era el sistema mundial” (Wallerstein 1999: 12). Tomando, pues, éste como unidad de análisis, los cambios en elementos menores se explican como consecuencia de la evolución y la interacción del sistema en su totalidad, al que trata de describir abstractamente al nivel de la evolución de las estructuras que lo conforman. Sin embargo, dado que existe un único ejemplo de este sistema en la era moderna, surge un problema a la hora de establecer leyes, que Wallerstein intenta resolver en una analogía con la astronomía. Al mismo tiempo, en su análisis la división clásica entre ciencias sociales se le antoja inútil; es preciso unificarlas y emplearlas en su conjunto.

Al afrontar un problema de estudio semejante Wolf aborda el mismo aspecto: se precisa reunir la escisión de ciencias sociales en la unidad perdida de la economía política marxista. Esta división ha implicado, sobre todo mediante planteamientos sociológicos, el relego de ciertas poblaciones humanas fuera de la historia, “pueblos sin historia” objeto de estudio de los antropólogos. Ante ello, y para abordar la expansión europea y el capitalismo industrial moderno, parte del concepto de una “historia analítica” que abarca al mundo como un *todo*, es decir: como un complejo entramado de procesos y sociedades interrelacionadas.

Para entender la elección de su *unidad de análisis* hay que asociar el planteamiento de Wolf con una serie de antecedentes teóricos específicos. En primer lugar, nótese que pese al propósito de trazar un estudio unificado que suprima las divisiones entre disciplinas su obra parte explícitamente del ámbito de la antropología, y que es en diálogo con ella -con los paradigmas o teorías precedentes- como establece metodología y propósitos concretos de su investigación. Así pues, a pesar de las críticas al desarrollo de la teoría sociológica –o quizá relacionado íntimamente con ella, como trataré más abajo- y a las influencias determinantes en su análisis de los recursos conceptuales y analíticos de Marx –los modos de producción basados en el parentesco, los tributos y el capital, respectivamente-, el principal interlocutor y adversario de Wolf lo forma la escuela inglesa de antropología con su método de análisis funcional. *Europa y la gente sin historia* es, pues, y en primer lugar, un intento de rebatir –pero sobre todo de superar- los planteamientos teóricos, hipótesis y limitaciones de los procedimientos metodológicos que, en opinión del autor, han caracterizado a la corriente británica en su manera de afrontar el análisis de la sociedad. “La tesis central de esta obra –dice Wolf- es que el mundo de la humanidad constituye un total de procesos múltiples interconectados y que los empeños por descomponer en sus partes a esta totalidad, que luego no pueden rearmarla, falsean la realidad. Conceptos tales como ‘nación’, ‘sociedad’ y ‘cultura’ designan porciones y pueden llevarnos a convertir nombres en cosas” (Wolf 1987: 15).

Para ilustrar la génesis de este modo erróneo de análisis Wolf se remonta al surgimiento de las ciencias sociales y en especial al desarrollo de la sociología -donde se aprecia con nitidez el problema-, para avanzar su argumentación en una gradación descendente hasta el caso específico de la antropología.

La aparición de las ciencias sociales va a inaugurar la *funesta* división entre disciplinas disociando las relaciones sociales, pensadas como autónomas, de la economía política y la ciencia política que la precedieron. Surgida en una época de desórdenes y revoluciones la sociología estaba cimentada en unos planteamientos precisos: cómo el orden social podía ser restaurado y mantenido y cómo lograr cohesión y equilibrio social. Así “la sociología brotó de un esfuerzo por contrarrestar el desorden social creando para ello una teoría del orden social, situando el orden y el desorden en la cantidad y calidad de las relaciones sociales” (Wolf 1987: 24). Los sociólogos enfatizaron los lazos que unen a los individuos, grupos o instituciones adoptándolos como materia de estudio y separando el campo de las relaciones sociales de la perspectiva holística de la economía política. Al rechazar las bases de esta sociología emergente, Wolf desarrolla implícitamente una minuciosa y completa crítica a los postulados de E. Durkheim -algo muy significativo para este ensayo. Cuatro son los principales fundamentos: a) la sociedad es una realidad *sui generis* y autónoma; b) el orden social deriva de la cohesión entre sus individuos y viceversa; c) la costumbre y las creencias compartidas contribuyen a crear y mantener la cohesión social; d) la interacción entre individuos se convierte, pues, en causa primera de la vida social. Según el grado de cohesión e integración social la sociología va a diferenciar entre sociedades ‘tradicionales’ y sociedades ‘modernas’, y a considerar el proceso social como el paso de unas a otras. Para Wolf, en suma, todo eso muestra las relaciones sociales simultáneamente como algo autónomo

y causal, y a la vez aisladas de su marco económico, político e ideológico. Visto así, “cada sociedad es una cosa que se mueve en respuesta a un mecanismo interno de relojería” (Wolf 1987: 22).

Es interesante y útil señalar su rechazo de los fundamentos originarios de la sociología pues ayuda a entender mejor su actitud crítica frente a la antropología, en especial frente a la corriente social británica sustentada firmemente en los supuestos teóricos de Durkheim. Para Wolf el interés en los contactos culturales de los difusionistas fue abandonado por los antropólogos que les sucedieron, dedicados a estudiar ‘culturas vivientes’ de poblaciones particulares en hábitats delimitados localmente. El trabajo de campo caracterizado por el contacto directo con los pueblos estudiados llegó a ser la principal característica del método antropológico. Sin embargo, se infiltró un gran error en la antropología funcionalista debido a su confianza excesiva en él: “se les hizo fácil convertir consideraciones de método meramente heurísticas en postulados teóricos sobre la sociedad y la cultura [...] De este modo, una unidad metodológica de indagación se convirtió mediante afirmación a priori en una construcción teórica. El resultado fue un análisis de casos totalmente separados” (Wolf 1987: 28). Otra de sus críticas es que, tratando el funcionamiento interno del microcosmos tratado y rechazando la ‘historia conjetural’ obtenían explicaciones de aquél concibiéndolo un aislado hipotético. Las culturas aparecían autónomas, autorreguladas y autojustificadas. Ante ello indica tres intentos fallidos de superar el estudio de casos aislados -el de Redfield en Yucatán, el de Steward con los niveles de integración sociocultural y el de los neoevolucionistas- ninguno de los cuales lo logró, como tampoco los estudios posteriores sobre significados culturales o la comparación estadística cruzada de rasgos culturales. Para Wolf, en resumen, la antropología opera con la mitología de lo primitivo prístino. “Si por doquier encontramos conexiones, ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas?” (Wolf 1987: 17). “¿Puede decirse con verdad que alguna vez hubo un tiempo en que las poblaciones humanas existieron con independencia de las relaciones muy amplias, sin sufrir el influjo de grandes campos de fuerza?” (Wolf 1987: 33)

Como señalaba al principio, vistos los planteamientos ante los que Wolf se revela puede entenderse el hecho de sumar la historia a la antropología y el consiguiente estudio diacrónico y procesual de las sociedades en interacción recíproca, su consideración como sistemas abiertos y el reconocimiento y la aceptación de la universalidad del contacto como hipótesis de trabajo; su elección –en suma- del *mundo* en tanto que *sistema* como unidad de análisis. Vemos entonces que, aunque el resultado de su búsqueda coincide con el de Wallerstein, los caminos por los que llega a éste son teóricamente muy diferentes.

Una crítica desde la antropología funcionalista británica

A continuación se plantea -en los límites de lo posible- un desacuerdo con la crítica de Wolf a los estudios de la escuela británica de antropología intentando mostrar que resultan en parte injustificados, ya que integran aproximaciones teóricas distintas que buscan objetivos diferentes y no –como Wolf trata de sostener- planteamientos más o menos sofisticados para dar respuesta a un problema común (véase Wolf 1987: Introducción).

Ya se dijo que al desarrollo teórico de esta corriente lo marcan las ideas de Durkheim. En sus ensayos de *El método de la antropología social* Radcliffe-Brown (1975) va a trazar con precisión objetivos y presupuestos principales, y aunque autores más jóvenes avanzarán después discusiones y novedades resulta innegable que es él quien sienta originalmente los fundamentos. Radcliffe-Brown concibe que las corrientes anteriores –el evolucionismo y el difusionismo-, a las que denomina *etnología*, tenían un carácter especulativo, empleaban la reconstrucción histórica elaborando conjeturas de los orígenes, se interesaban en el análisis del desarrollo y los cambios culturales y empleaban el método comparativo diacrónico. Es decir: ligaban elementos culturales aislados –*rasgos culturales* o *survivals*- pertenecientes a culturas diversas y ofrecían una imagen atomizada de la cultura. Además su conocimiento carecía de aplicación práctica.

Frente a ello Radcliffe-Brown se propone desarrollar una *antropología social* a la que llama *sociología comparada*. Adoptando el método inductivo de las ciencias naturales va a emplear la comparación -ya no de rasgos fragmentados sino de sistemas sociales totales- y la generalización en busca de leyes generales. Siguiendo el procedimiento científico los antropólogos van a registrar datos y elaborar hipótesis probadas luego en trabajo de campo con objeto de convertirlas en teoría. Surge aquí la primera diferencia radical con el enfoque de Wolf: la antropología británica no pretende describir una “historia analítica” del mundo como sistema interrelacionado sino hallar leyes y regularidades en la sociedad. El método comparativo con el que opera posee carácter sincrónico: basándose en la *analogía orgánica* (la sociedad como un organismo) se analiza el funcionamiento de una sociedad concreta en un momento dado considerando sus instituciones (los comportamientos normativizados con cierta permanencia) como elementos interdependientes que contribuyen funcionalmente a la cohesión y el equilibrio de la estructura social. Esto –es importante señalarlo- constituye un *modelo*; es una hipótesis de trabajo o, si se quiere, un planteamiento heurístico que permite un acercamiento científico a la sociedad y no, como mantiene Wolf, una convicción inamovible acerca de la naturaleza de la misma. Puede verse cómo, en la propia escuela británica, Edmund Leach (1976) advierte sobre la utilidad del modelo al mismo tiempo que previene del peligro que implica el concepto, pues no debe confundirse ‘estabilidad’ con ‘equilibrio’ y pensar que las sociedades primitivas se mantienen en un ‘equilibrio estable’. Como mostrará empíricamente en su obra sobre los *Sistemas políticos de la alta Birmania*, el equilibrio puede ser dinámico y cíclico y crear la alternancia de formas políticas distintas en el interior de una misma sociedad.

Ligado íntimamente a esto hallamos otro aspecto esencial que marca la diferencia entre ambos enfoques. Wolf critica a los británicos el estudio de las sociedades como sistemas autónomos e independientes (su famosa metáfora de las bolas en la mesa de billar), mientras él las concibe como sistemas abiertos e interconectados. Sin embargo, puede decirse un tanto paradójicamente que el estudio de las sociedades entre los antropólogos ingleses es una consecuencia de sus intereses y no su objetivo principal. Lo pone claramente de relieve Evans-Pritchard (1960) en una de sus conferencias cuando dice que la antropología social estudia “problemas” y no “sociedades”. En su búsqueda de leyes los antropólogos tratan de verificar sus hipótesis en el mayor número de grupos humanos posible pero no centrarán su atención en elaborar obras descriptivas sobre ellos como hicieron los etnólogos precedentes. Sin embargo, como el significado de un elemento depende siempre en el análisis funcional del contexto en el que se halla, el investigador de campo deberá realizar inexcusablemente en cada caso un estudio de la cultura completa. Aquí estamos muy lejos de querer ver el mundo como un complejo sistema de procesos interconectados...

Otro hecho que Wolf achaca a los británicos es el rechazo de la ‘historia conjetural’; aunque esto es cierto, no significa en absoluto que se consideren *ahistóricos* y rechacen cualquier fuente o documento de este tipo. En palabras de Radcliffe-Brown (1975), “la antropología social ha de basarse en la historia, no en la historia conjetural”: es decir, será útil y legítimo emplear registros históricos siempre que existan, lo que ocurre sin embargo raras veces en las sociedades que los antropólogos estudian. Un principio básico de análisis sí será que el método sincrónico ha de preceder siempre al diacrónico. No podemos ignorar en este sentido que Radcliffe-Brown sitúa la historia (además del medio geográfico) como factor causal de la diversidad cultural. Otro ejemplo oportuno es el estudio de Malinowski sobre el cambio social entre los habitantes del Valle de Oaxaca, donde trata las relaciones sociales creadas a través del sistema de mercados, en la que pretendía llevar también a cabo una revisión de los materiales históricos (véase Malinowski y de la Fuente 2005).

Por otro lado, y una vez más frente a lo que sostiene Wolf, los autores británicos no se empeñan “en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas” (Wolf 1987: 17). Que en el análisis funcional, por su carácter eminentemente sincrónico, los antropólogos dejen a un lado las consideraciones sobre el cambio social no significa que no reparen en él o nieguen su existencia. En referencia al comentario de Wolf podemos considerar, por un lado, el cambio interno, es decir: el cambio estructural que se lleva a cabo en el interior de la sociedad y produce una transformación considerable de la misma. Ya se citó más arriba el trabajo de Leach sobre los sistemas políticos en las colinas de Birmania. También en este sentido R. Firth (1975) pone de relieve las posibilidades que brinda entre los tikopia la *organización social* -principalmente a través de las decisiones y elecciones personales ante determinadas situaciones-, a la hora de introducir cambios duraderos en la sociedad. Por otro lado, y en lo que respecta a los contactos e interconexiones entre diferentes sociedades --“¿Puede decirse con verdad --pregunta Wolf- que alguna vez hubo un tiempo en que las poblaciones humanas existieron con independencia de las relaciones muy amplias, sin sufrir el influjo de grandes campos de fuerza? (Wolf 1987:

33)”, los antropólogos son muy conscientes de este tipo de influencia. ¿Cómo se explica si no que la mayor diferencia entre la *etnología* y la *antropología social* la sitúe Radcliffe-Brown en la capacidad de la última –por ser ciencia- de tener un valor práctico para el control y la educación de los pueblos indígenas? ¿No supone la idea de la administración y gestión de las colonias el reconocimiento implícito de la influencia de esos “grandes campos de fuerza”?

De igual forma, si escrutamos cuidadosamente el contenido de las monografías de la época podemos descubrir aquí y allá cómo los antropólogos recogieron puntualmente algunos de estos cambios, lo que muestra claramente que no era su ignorancia lo que los hacía marginarlos del estudio sino el modelo teórico o los objetivos específicos que se proponían. Tomaré tres obras concretas para ilustrar este argumento. Primero, en *Los argonautas del Pacífico occidental* Malinowski (2000) dedica un capítulo a tratar “La decadencia del poder de los jefes”. El poder de los jefes tenía su base en las grandes cantidades de ñames que, según la costumbre, recibían de los hermanos de sus mujeres - también jefes- e invertían en celebraciones y fiestas locales. La influencia de los misioneros sobre las costumbres poligínicas de los jefes estaba causando estragos y produciendo una ostensible reducción de su poder. En el caso de *Los nuer* (1997) Evans-Pritchard muestra varios aspectos de la vida social que se han visto resentidos por el contacto con los británicos. El cambio más interesante debido a su importancia estructural lo constituye quizá el surgimiento de los profetas: éstos aparecen debido a la reanimación de la oposición contra la agresión árabe y europea, poseen funciones jurídicas embrionarias y han supuesto un aumento de la solidaridad intertribal. En *We, the tikopia* Firth (1975) nos muestra la importancia de la introducción por los europeos de los utensilios de hierro, como anzuelos, herramientas, etc., que han tenido una distribución irregular por la superficie de la isla afectando al desarrollo de las relaciones sociales. Es posible que revisando otras monografías encontremos registros similares.

Un último aspecto clave de la antropología británica en lo que respecta a su unidad de estudio es el concepto de *región* (Viqueira 2001), entendido éste en el sentido preciso de ‘una región homogénea donde se desarrolla una cultura homogénea’. La región suele estar definida en función del grupo social que el antropólogo va a investigar y las actividades del mismo, pero también se encuentra estrechamente relacionado con el problema de estudio (es el caso de Malinowski en su análisis del *kula*, donde la región viene definida por las islas que participan en el circuito de intercambio). En el caso concreto de los antropólogos británicos el concepto de región lleva implícito a su vez la idea de un *enfoque ecológico*, pues pone de relieve las relaciones de influencia que se establecen entre sociedad y medio geográfico. Por otro lado, en lo que se refiere concretamente al uso de unidades divisorias entre grupos como son las categorías de ‘cultura’ o ‘sociedad’, Wolf las cuestiona por la fragmentación y el consiguiente falseamiento de la realidad que suponen; sin embargo, a la hora de desarrollar el planteamiento de su estudio le es imprescindible recurrir a ellas, pues de otro modo resultaría imposible efectuar cualquier investigación sobre la historia humana.

Ideas finales: disensión y consenso

Como conclusión, tras haber ido contraponiendo con detalle los dos tipos de enfoques podemos trazar una distinción clara que permita tomarlos en su conjunto. Por su parte, Wolf pretende explicar la expansión europea y el capitalismo industrial moderno tomando a los actores que habitualmente son relegados del proceso, “la gente sin historia”. Así parte de la premisa de la universalidad del contacto, es decir, de que la humanidad constituye un total de procesos múltiples interconectados sin entidades autónomas; concibe una incorporación más activa de la historia a la antropología y un estudio diacrónico de las sociedades en interacción recíproca. Sobre la perspectiva teórica, su enfoque pretende recomponer la división disciplinar de las ciencias sociales en la unidad de la economía política marxista. Por último, la unidad de estudio no puede ser inferior al *mundo* como un todo: un *sistema* omniabarcante que integre simultáneamente la totalidad de los procesos sociales y la diversidad de los grupos humanos. Por otra parte, la escuela británica de antropología parte del modelo heurístico que concibe las sociedades como *sistemas integrados* donde las instituciones contribuyen funcionalmente al mantenimiento del equilibrio; en su búsqueda de leyes generales se plantea problemas concretos y los estudia de forma sincrónica en diferentes grupos humanos. Al considerar la sociedad de forma unitaria estos problemas particulares deben entenderse en relación con el contexto y exigen, por tanto, un estudio holístico de la totalidad social. Aunque el análisis funcional no considera el cambio, los antropólogos lo asumen y notan la relevancia de la historia y su repercusión en la sociedad. Por último, su unidad fundamental de análisis es la *región* --definida por el grupo social y el problema de estudio e indicando la interacción recíproca entre éstos y el entorno.

Como se indicaba en la introducción, ambos enfoques integran acercamientos diversos a cuestiones y objetivos muy diferentes y no resulta por ello apropiado evaluarlos comparativamente como aproximaciones más o menos certeras y ajustadas a una problemática común: el complejo desarrollo cultural de la vida social del hombre.

Bibliografía

Evans-Pritchard, E. E., (1960), *Antropología Social*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Evans-Pritchard, E. E., (1997), *Los nuer*, Anagrama, Barcelona.

Firth, R., (1975), *We, the Tikopia*, Beacon Press, London.

Malinowski, B., (2000), *Los argonautas del Pacífico occidental*, Península, Barcelona.

Malinowski, B. y Julio de la Fuente, (2005), *La economía de un sistema de mercados en México. Un ensayo de etnografía contemporánea y cambio social en un valle mexicano*, Universidad Iberoamericana, México.

Leach, Edmund, (1976), *Sistemas políticos de la alta Birmania*, Anagrama, Barcelona.

Radcliffe-Brown, A. R., (1975), *El método de la antropología social*, Anagrama, Barcelona.

Viqueira, C., (2001), *El enfoque regional en antropología*, Universidad Iberoamericana, México.

Wallerstein, Emmanuel, (1999), *La formación del sistema mundial, siglo XXI*, México.

Wolf, Eric, (1987), *Europa y la gente sin historia*, FCE, México.